

me parece poco plausible que reivindicara tan temprano su condición de hijo de una nación mestiza. Como miembro de la generación postarielista, que se nutre del debate americanista de las primeras décadas del siglo, Uslar Pietri sólo accede a una interpretación positiva del mestizaje, en tanto elemento definidor de nuestra cultura, en sus ensayos de los años cuarenta. Pero, una vez más, lo importante quizá no esté en estos flagrantes anacronismos ni en la ilusión retrospectiva que nos presenta al realismo mágico como a una orgánica vanguardia desde sus comienzos mismos. Más allá de los errores y espejismos de la crónica, Uslar Pietri dice una verdad, pues, de los tres amigos, fue él quien estableció el nexo más sólido entre la corriente literaria y el concepto de mestizaje, y fue él quien vio así primero, en el realismo mágico, un realismo mestizo. Asturias siempre privilegió la fuente indígena y Carpentier llegó tarde a esta idea –y en el contexto de su teoría del barroco²². Uslar Pietri, por el contrario, la formula y reformula de diferentes maneras, desde las premisas de «Lo criollo en la literatura» (1951), pasando por varios ensayos de *En busca del Nuevo Mundo* (1969), hasta su recuento final en «Realismo mágico». Para él, la matriz de donde surgen los prodigios y maravillas de América es, claramente, el mestizaje: «la fecunda y honda convivencia de las tres culturas originales en un proceso de mezcla sin término, que no podía ajustarse a ningún patrón recibido»²³.

¿Es posible llevar hoy más lejos el pensamiento de Uslar Pietri? O, dicho de otro modo, ¿es posible pensar, con Uslar Pietri, más allá de Uslar Pietri? Su breve crónica del realismo mágico encierra, lo repito, muchas inexactitudes, pero tiene también la virtud de hacer explícita la correlación entre diversos contextos que inciden en la formación de la categoría y en la práctica literaria que la acompaña. En esta revelación del reverso de la trama bien puede verse una invitación a analizar el realismo mágico, desde una perspectiva conceptual, no sólo ya como un término que *denota* el mestizaje, sino que también –y sobre todo– lo *ejemplifica*. Y es que la verda-

al cabo de veinte años de investigación acerca de las relaciones sincréticas en Cuba, me di cuenta de que todo lo hondo, lo verdadero, lo universal, del mundo que había pretendido en mi novela había permanecido fuera del alcance de mi observación».

²² Para la formación del concepto en el pensamiento de Asturias, Cf. Carlos Rincón, «Nociones surrealistas, concepción del lenguaje y función ideológico literaria del realismo mágico en Miguel Ángel Asturias», Escrituras 3, Caracas, enero de 1978, pp. 25-61. Carpentier además sí alude al mestizaje en el prólogo a *El reino de este mundo*. *Lo mestizo aparece vinculado al barroco en su ensayo «Problemática de la actual novela latinoamericana» de Tientos y diferencias y, más tarde, en un párrafo de su conferencia «Lo barroco y lo real maravilloso» recogida en Razón de ser, Caracas, UCV, 1976, p. 179: «América, continente de simbiosis, de mutaciones, de vibraciones, de mestizajes, fue barroca desde siempre...».*

²³ Op. cit., p. 335.

dera magia del realismo mágico no está ciertamente en el objeto al que la atribuye sino quizá en el portentoso abanico de subjetividades que, en su interior, se asocian y a veces se confunden, siguiendo una lógica aleatoria no excluyente ni disyuntiva. Allí se superponen y cohabitan, sin jerarquía previa, las creencias animistas de los indígenas, la fe de los santeros, el asombro de los conquistadores, la ideología de la emancipación, las utopías mundonovistas, las ambiciones metafísicas e históricas de las vanguardias, la fascinación por el arte primitivo, la filosofía de Spengler y hasta las conversaciones de tres muchachos hispanoamericanos que se reunían allá por los años veinte en una terraza de Montparnasse. Hay sin duda más cosas en el concepto de realismo mágico de las que sueña nuestra filología. Sería necesario un detallado estudio arqueológico –y un finísimo escalpelo– para sacar a la luz los diferentes estratos que se han ido acumulando en su seno tras medio siglo de comentarios y teorías. Espacio híbrido de prolijas mediaciones, su estatuto se asemeja hoy al de los ritos sincréticos descritos por Gruzinski como prácticas en las que se manifiesta «una suerte de equilibrio inestable pero duradero entre tradiciones diversas más que estados definitivos y cómodamente registrables»²⁴. Su incoherencia denotativa constituye, en este sentido, un factor de su riqueza ejemplificatoria, pues, como lo demuestra Uslar Pietri, cada cual sigue encontrando, en sus variables geometrías, un horizonte familiar y afín desde el que se vuelve legible el mestizaje americano. De ahí que, a pesar de la erosión del tiempo, a pesar del desfase creciente entre sus premisas y la Hispanomérica actual, el realismo mágico sobreviva y no pierda su puesto preeminente en la interpretación que los otros hacen de nosotros –y que también nosotros hacemos de nosotros mismos—. Es probable que su reino sólo toque a su fin cuando surja otra noción capaz de establecer un nuevo pacto de lectura que, sin negar la diferencia, preserve nuestra pluralidad y le ofrezca a los demás unas diferentes maneras de acercarse a nuestro mundo. Por de pronto, el realismo mágico sigue cumpliendo esta función de espejo interior y de puente excéntrico aunque tal vez ya va siendo hora de preguntarse cómo lo hace, dónde, por qué, desde cuándo y hasta cuándo. Tratar de despejar algunas de estas interrogantes será quizá la mejor forma de volver a comentar el cuento, que se creía saber, con otros ojos y otro sentido.

²⁴ Serge Gruzinski, *La pensée métisse*, Paris, Fayard, 1999, p. 41.